

El precariado

Una perspectiva desde el Sur

Ronaldo Munck*

Resumen. La globalización generó una nueva clase trabajadora con la masiva expansión y aceleración de la acumulación del capital, así como con la subsunción real de las áreas no capitalistas y de las nacionalistas radicales del mundo bajo el eje del desarrollo capitalista. Si bien se incrementó ampliamente la naturaleza precaria e insegura del trabajo, el nuevo «precariado» con que se describe presenta problemas conceptuales y políticos. Propongo un examen de aquel término desde una perspectiva global (del Sur) para equilibrar los debates recientes en torno a él. Para empezar, establezco una genealogía conceptual a fin de situarlo en los previos debates sobre marginalidad e informalidad en el Sur. Luego llevo a cabo su deconstrucción crítica, adecuación analítica y robustez empírica. Finalmente, abordo la dimensión política desde donde ha sido desplegado.

Palabras clave: precariado, marginalidad, informalidad, globalización, clase trabajadora.

* Jefe de la oficina de Participación Cívica en la Universidad Ciudad de Dublín e investigador principal en el Instituto Ernesto Laclau de Estudios Interdisciplinarios de América Latina en la Universidad de Buenos Aires.

Traducción del inglés por María Luján Leiva y Humberto Márquez Covarrubias.

Labor insecurity
A view from the South

Abstract. Globalization created a new kind of worker through the massive expansion and acceleration of the accumulation of capital, as well as the current subsumption of non-capitalist areas and of radical nationalists under the axis of capitalist development. While the precarious and insecure nature of work increased dramatically, the new «precariousness» used to describe the issue presents certain conceptual and political problems. We propose an examination of this term from a (Southern) global perspective to balance out current debates on the matter. To begin, we establish a conceptual genealogy with the aim of locating it within previous debates on marginality and informality in the South. Then we perform a critical deconstruction of the concept, assessing its analytical relevance and empirical robustness. Lastly, we take up the political dimension from which it has unfolded.

Keywords: precariousness, marginality, informality, globalization, working class.

La globalización produjo una nueva clase trabajadora global con la masiva expansión y aceleración de la acumulación de capital, así como con la subsumición real de las áreas no capitalistas y nacionalistas radicales del mundo bajo los auspicios del desarrollo capitalista. También se incrementó en gran medida el carácter precario e inseguro del trabajo, sobre todo en los albores de la recesión capitalista global de 2008-2009. Es una hipótesis audaz sugerir que un nuevo sujeto social ha emergido: un «precariado» que constituye una «clase peligrosa», como supuestamente eran los pobres urbanos en la Gran Bretaña victoriana. Este concepto marca la tendencia entre los académicos del Norte, ellos mismos sujetos a la «informalización» y al fin de la seguridad del trabajo; pero, ¿es novedoso o incluso relevante para los millones de trabajadores y pobres urbanos en el Sur global que asumen la precariedad como una condición natural?

Propongo aquí un examen detallado del término «precariado» desde una perspectiva global —es decir, de la mayor parte del mundo— para equilibrar los debates recientes alrededor de este concepto. Efectúo una genealogía conceptual que lo sitúe en los anteriores debates acerca de la marginalidad y la informalidad en el Sur. Las cuestiones retomadas en los debates sobre el precariado no son tan nuevas como parecería indicar el tono de descubrimiento adoptado por algunos de sus proponentes. Después realizo una deconstrucción crítica del término, su adecuación analítica y su solidez empírica. Es necesario indagar ambos aspectos antes de declarar un avance epistemológico. Posteriormente, hago una reconstrucción de los procesos del mundo real que el término precariado busca capturar y codificar. Ello implica un clásico proceso de proletarización al estilo marxista, pero también podría relacionarse con un proceso polanyiano de desvinculación y desposesión. Por último, abordo la política sobre cómo se ha

desplegado el término precariado, incluido el espectro de una nueva clase peligrosa que reemplaza al comunismo. Mi conclusión es que el término «precariado» puede convertirse en una nueva distracción política si no es rigurosamente deconstruido y reconstruido desde una perspectiva histórica y global.

Genealogía

Cuando el término «precariado» irrumpió en la escena principal hace unos cuantos años —con la publicación del libro *The precariat. The new dangerous class*, de Guy Standing, 2011—, los analistas pensaron que se anunciaba un nuevo fenómeno sociológico. Sin embargo, cualquiera que tenga una leve familiaridad con los debates sobre trabajo y globalización de la década de 1980, e incluso desde antes acerca de la problemática de trabajo y desarrollo, reconocería de inmediato la larga genealogía. Proveer una historia de las ideas no es el punto del análisis genealógico. El uso de Foucault del término «genealogía» sugería orígenes mundanos y complejos, no un desarrollo progresivo de un sistema de pensamiento. Depende más de los cambios contingentes de la historia que de un gran esquema y de simples tendencias racionales. Una genealogía política del término «precariado» tendría que examinarse en relación con nociones anteriores de marginalidad, informalidad y exclusión social para situarlo y, por consiguiente, comprender sus posibles beneficios conceptuales, al igual que sus fragilidades.

La teoría de la «marginalidad» surgió en América Latina en los 1960 para explicar el vasto número de migrantes internos subempleados que rodeaban

las principales ciudades, habitaban viviendas improvisadas y parecían «marginales» al sistema capitalista. Se apreciaba que la hiperurbanización había despojado al sistema de la capacidad para crear empleos. Los pobres marginales eran considerados «disfuncionales» para las necesidades del capitalismo monopólico, a diferencia del clásico «ejército industrial de reserva» analizado por Marx en un periodo previo. Mientras la clase obrera industrial se integraba al sistema, existía una «masa marginal» considerada como un excedente de las cantidades requeridas. Si bien para algunos sectores de izquierda esa nueva clase marginal era el verdadero sujeto revolucionario, para otros generaba un «temor» de que la estabilidad social y política fuera amenazada por esta nueva encarnación del «lumpen proletariado» victoriano (Gerassi, 1963).

Desde los 1970 y en adelante la investigación empírica mostró las obvias limitaciones de la tesis de la marginalidad (Cardoso, 1971; Nun, 1969; Perlman, 1976; González, 2004). Existía escasa evidencia sobre la formación de una élite trabajadora o una aristocracia obrera separada e incluso opuesta a las masas marginales. Quienes migraban a la ciudad no portaban consigo una cultura rural y tradicional que los situara aparte de la cultura urbana industrial. Había una considerable continuidad, en términos de patrones de empleo entre los sectores formal e informal, más que una rígida división (Kovarick, 2002; Neffa, 2010). Los pobres marginales no eran individuos anómicos, meros síntomas de una descomposición social, sino que desarrollaban fuertes redes sociales y estrategias de sobrevivencia de un dinamismo considerable; incluso la vivienda informal en los nuevos asentamientos urbanos podía verse como una solución a la crisis habitacional más que una peligrosa bomba de tiempo que perturbaría a la sociedad.

La marginalidad como paradigma también sufrió de un severo dualismo y falló en interpretar la naturaleza de las formaciones sociales de América

Latina. En *Crítica de la razón dualista* el economista político brasileño, Francisco de Oliveira demostraba cómo las actividades del llamado «sector marginal» eran en realidad beneficiosas para el sistema económico en general. El comercio a pequeña escala, por ejemplo, podría facilitar la distribución de bienes industriales, en tanto que las viviendas autoconstruidas de los asentamientos informales ahorran al capital el costo de construcción de casas obreras (Oliveira, 1972). Indudablemente, la dialéctica de la acumulación de capital requería la provisión de mano de obra y de materias primas del sector «atrasado». La credibilidad política del modelo marginal como nueva vanguardia revolucionaria tampoco duró mucho: los movimientos de obreros y campesinos empezaron a movilizarse en los 1970 y no hubo «explosión social» en los barrios marginados.

En los 1970, esta vez en África, comenzó a utilizarse el término de «informalidad» o sector informal para describir a los trabajadores fuera del sistema capitalista formal. Sus medios y técnicas de producción no eran capitalistas, sino propiedad de quienes los operaban con una división del trabajo rudimentario. En opinión de Keith Hart, quien contribuyó a popularizar la noción de informalidad, «la distinción entre oportunidades de ingreso formal e informal se basa esencialmente entre salario y autoempleo» (1973:9). Esta concepción fue tomada y desarrollada al mismo tiempo por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1972). El sector informal, o economía informal como se conoció, abarcaba una amplia gama de ocupaciones, desde manufactura en pequeña escala y comercio al menudeo hasta servicio doméstico y actividades ilegales, unidas sólo por ubicarse fuera de la legislación y de los contratos de trabajo, así como de licencias y leyes fiscales.

De modo similar al debate sobre la marginalidad, la discusión acerca de la informalidad inició como reacción al infundado optimismo de la teoría

ortodoxa de la modernización, la cual había sostenido desde los 1950 que la modernización capitalista superaría y transformaría la economía «tradicional» y las prácticas de trabajo que caracterizaban el mundo en desarrollo. Algunos marxistas también compartieron la visión optimista de la capacidad revolucionaria y transformadora del capitalismo. En realidad, no sólo la denominada economía informal persistió, sino que además se expandió hacia el Norte en los 1970, cuando la crisis a largo plazo del fordismo y del keynesianismo llegó al punto crítico. Alejandro Portes y sus colaboradores escribieron influyentes textos sobre la economía informal en los «países avanzados y menos desarrollados» (Portes, Castells y Benton, 1989), mientras que Saskia Sassen (1994) argumentaba, a contrapelo de la época, que el sector informal era, en efecto, el más emprendedor del capitalismo avanzado.

Parecía que en la era posfordista la informalidad se generalizaba y no constituía más un desafortunado lastre del pasado: en el Norte se usaba para describir el trabajo de profesionales creativos como arquitectos, artistas y desarrolladores de *software*; en el Sur, Hernando de Soto publicó *El otro sendero* y empleó el término del grupo maoísta peruano Sendero Luminoso, aunque se refería a la dinámica e informal trayectoria hacia el desarrollo económico (De Soto, 1989). Tal manifiesto antiestatista condenaba la interferencia del Estado en Perú —y en general por constreñir el sentido empresarial que conduciría al desarrollo económico. En su desafío al Estado (y a la ley), la economía informal actuaba como promotora del desarrollo y por consiguiente reivindicaba las políticas de libre mercado del neoliberalismo triunfante; no era más un problema, al contrario, representaba la promesa de un sistema de mercado no regulado.

Al llegar los 1980 emergió en Europa un nuevo concepto, la «exclusión social»: un paradigma amplio para analizar la «nueva pobreza» de la era de

la globalización, especialmente en un contexto en el que es necesario producir una «red de seguridad» social en paralelo a la expansión desregulada de las finanzas y el desarrollo capitalista (Munck, 2005). Era multidimensional: abarcaba la exclusión del empleo, del proceso político y el mundo de la cultura. En algunas variantes, por ejemplo en Francia y Estados Unidos, el paradigma de la exclusión social se enfocaba en la necesidad del orden social y la integración moral. Este discurso detectaba la emergencia de una subclase urbana que supuestamente sufría de una «cultura de la dependencia» que tendría que ser eliminada. Desde esa perspectiva, el comportamiento y los valores sociales de los pobres necesitaban ser atendidos en lugar de las mismas estructuras sociales y económicas generadoras de pobreza. Lo anterior remite a los 1960, cuando el espectro de la «marginalidad» había propiciado un pánico moral en América Latina, compartido, hasta cierto punto, por la izquierda y la derecha.

El paradigma de la exclusión social no puede reducirse a la agenda moral de la teoría de la subclase ni a sus orígenes y expansión eurocéntricos. Por ejemplo, la OIT (2004) condujo un importante proyecto de investigación sobre la exclusión social en los 1990 que contaba con un amplio marco para la comprensión (y el combate) de la creciente desigualdad social causada por la globalización. Como paradigma de investigación rompía los tradicionales parámetros individualistas y economicistas de la pobreza; su perspectiva era multidisciplinaria y multidimensional; su análisis no era estático, más bien enfatizaba la dinámica y continua transformación de la exclusión social; sobre todo era relacional, pues mostraba cómo la pobreza y la exclusión tienen sus contrapartes en la riqueza y el poder de unos pocos. Sin embargo, la promoción de la «inclusión social» como política social para atacar la exclusión era débil y carecía de consistencia

política en una época en la que el neoliberalismo definía el horizonte de posibilidades.

Ser «marginal», «informal» o «excluido socialmente» es quedar fuera de los parámetros del proceso de desarrollo capitalista, si éste se entiende como un proceso armonioso; es ser relegado de los mecanismos sociales, económicos, políticos y culturales de la integración social. Los responsables de la formulación de políticas podrían diseñar programas para atender la marginalidad y la exclusión, como el capitalismo ha buscado siempre atender la pobreza de un modo u otro. Pero las perspectivas de la ingeniería social serían limitadas si la pobreza y la exclusión fueran elementos estructurales e inherentes de un sistema desigual basado en los diferenciales de poder. El reciente surgimiento del término «precariado» debe situarse en el contexto de esos intentos previos por teorizar un modo de trabajo (y de vida) que no parece ajustarse a las nociones liberales de un desarrollo armonioso ni a las teorías marxistas del capitalismo como generador de un proletariado que devendría en su sepulturero.

Deconstrucción

Si se argumenta a favor de un nuevo término en las ciencias sociales debe mostrarse que analíticamente es riguroso y empíricamente sólido. El término «precariado», tal como se emplea en la actualidad, además de ser una adquisición política dudosa, malinterpreta la complejidad de la formación de clase. Esta expresión actúa, en específico en el Sur, bajo el modelo eurocéntrico clásico de colonización conceptual, aunque sus promotores no se preocupan por esas implicaciones; mientras que en el Norte contribuye poco a los debates

en curso relativos a la transformación de la clase obrera en la globalización neoliberal. En la próxima sección se reconstruye dicho término y se reconoce como un elemento clave de la condición de la clase trabajadora actual, no sin antes deconstruir supuestos, faltantes y omisiones que pueden detectarse en sus formas más popularizadas. Para ser franco, más allá del reclamo postmoderno de que «somos todos precarios», no encuentro ninguna nueva visión analítica o visión estratégica en el concepto que debería retenernos.

Antes de popularizarse en el idioma inglés, *precarité* había sido utilizado en la literatura socioeconómica francesa para definir los cambios en los patrones del trabajo desde los 1980 y a menudo se le asociaba con los procesos de *exclusion sociale* (Barbier, 2002). Era visto como parte del proceso de declinación de la centralidad de la relación salarial en la estructuración de la sociedad. Las formas precarias de trabajo y empleo se acrecentaban conforme el régimen social de acumulación fordista perdía su hegemonía. Estaban siendo erosionadas desde adentro las normas de empleo y varios modos no estándar de relaciones laborales afloraban. La precariedad era más que una categoría descriptiva, no se le consideraba un fenómeno totalmente nuevo o autosuficiente. La mayoría de las veces se asociaba a la exclusión social o como parte de un análisis más amplio de los cambiantes patrones de empleo y de la sociología del trabajo. Quizá el escritor más influyente de esa tradición fue Robert Castel (1995), cuya obra *Les métamorphoses de la question sociale* definió el análisis de los cambios en la relación salarial derivados del surgimiento del régimen social de acumulación neoliberal. Su énfasis estaba en el trabajo precario y no en la precariedad en general; a esta última la consideraba primordial en la definición de la nueva cuestión social, en especial la erosión de las tradicionales relaciones de trabajo y la centralidad de la relación salarial.

Al examinar las definiciones actuales de precariado, Guy Standing ha puesto el mayor énfasis sobre la emergencia de una nueva clase o «clase en formación» (2011:12). De cualquier modo, no obtenemos una definición muy precisa más allá de la aseveración de que el precariado no se siente parte de una comunidad laboral solidaria, o que «el precariado tiene un sentimiento de estar en una comunidad internacional difusa e inestable de gente que lucha generalmente en vano para conferirle a su vida laboral una identidad ocupacional» (Standing, 2011:23). El precariado se define más o menos por lo que no es: una clase trabajadora mítica y estable con plenos derechos sociales y políticos, y por sus vagos sentimientos de anomia y distancia con el movimiento obrero ortodoxo. Standing se percataba que ésta es una base bastante débil para construir una nueva clase, entonces retrocede y la considera una clase en formación.

Incluso, en términos de la teoría de las clases sociales, hay poco para sustentar la tesis de que el precariado es «una clase en formación». Las ubicaciones de clase se determinan por su papel en las relaciones de producción y reproducción. Las clases sociales también son relaciones, no emergen por sí mismas y es necesario especificar las relaciones de producción antagónicas en las que se basan. Nada de lo dicho acerca del precariado define un nuevo papel en términos de las relaciones de producción del capitalismo contemporáneo, tampoco se comprende cómo éstas podrían ser fundamentales para la reproducción del sistema social en su conjunto. Lo que se percibe es un conjunto impresionista y prematuro de identificaciones y generalizaciones que conduce a un concepto «general» que, en el mejor de los casos, describe una cierta fase de la historia de la clase obrera de la Europa posfordista.

Resalta el hecho de que la amplia literatura en torno de precariedad y precariado es casi totalmente Norte-céntrica en sus marcos teóricos y sus

puntos de referencia empíricos, por lo que es notoria una sensibilidad del Norte. En el caso de Standing, Gran Bretaña es el modelo de desarrollo económico y político que tiene en mente. Hay escasas referencias a países fuera del Atlántico Norte, el cual se asume como el centro y la norma que se aplicará en todos lados. Hay poco conocimiento en cuanto a si el tipo de trabajo descrito con el término de «precariedad» ha sido siempre la norma en el Sur global. En efecto, el fordismo y el estado de bienestar son la excepción a la regla desde una perspectiva global. El trabajo decente, por llamarlo de alguna manera, aunque con un término bastante dudoso, nunca ha sido la norma en el mundo poscolonial; más bien la superexplotación, la acumulación por desposesión y la «acumulación originaria permanente» han prevalecido.

Desde una perspectiva del Sur, el trabajo ha sido siempre precario, hecho básico que desmiente la noción de que algo nuevo ha sido descubierto. La genealogía del concepto precariedad/precariado ya muestra su origen desde el Sur, pero esto no ha sido realmente reconocido. Mientras el discurso del precariado exuda una nostalgia por algo que ha pasado (el estado de bienestar/keynesiano/fordista), no contempla que en el Sur no se ha experimentado un capitalismo con estado de bienestar. La experiencia del Sur acerca de la precariedad está marcada por la naturaleza del Estado poscolonial y, luego, por el Estado desarrollista donde haya emergido. Una de las modalidades de la precariedad es la cambiante naturaleza del trabajo como resultado de una erosión del estado de bienestar; pero otras han existido por largo tiempo en las tensas relaciones entre trabajadores, Estado y sociedad en el Sur, caracterizado por formas limitadas de ciudadanía.

Es notable que en el Norte o en los países industrializados más antiguos, la tesis de la precariedad, como sostienen Standing y otros, tampoco

soporta un escrutinio. Por ejemplo, el empleo temporal (tomado con frecuencia como indicador de precariedad) se incrementó sólo de 10 a 12 por ciento entre 1995-2004 en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). El trabajo a tiempo parcial, por su lado, no siempre corresponde a la informalidad, también puede ser un modo de retener al personal. De manera más extensa, el empleo «flexible» puede relacionarse con formas de trabajo socialmente más adaptables y no siempre significa mayor explotación. Existe escasa evidencia de un patrón unilineal de precarización por lo que, en términos analíticos, debemos ser cautelosos y no imponer una falsa homogeneidad en el empleo «atípico», visto como un concepto crítico o negativo.

Kevin Doogan (2008), en uno de los análisis más completos y empíricamente sustentables acerca de la transformación del trabajo en el «nuevo capitalismo», llega a conclusiones escépticas similares. Ya sea para lamentar o celebrar el declive del trabajador tradicional, una nueva ortodoxia surgió en los 1990 con respecto a los «nuevos tiempos» en que vivimos con la flexibilización y la precarización del trabajo como componentes clave. En realidad, el cambio tecnológico y la movilidad del capital han sido sobreestimados; y la desvinculación de los procesos sociales puede ser una tendencia, pero no se ha completado y quizá nunca lo haga. Doogan es crítico de «una mentalidad de izquierda que ve sólo temporalidad y contingencia en los nuevos patrones de empleo y que es ciega a la proposición básica de que el «capital necesita trabajo» (2008:206). No obstante toda la retórica sobre relocalización y subcontratación, el capital normalmente prioriza la retención de la mano de obra y el hecho básico es que el empleo a largo plazo está creciendo.

Después de expresar ciertas dudas sobre el proyecto del precariado como una sociología crítica, ahora propongo considerar su impacto como

discurso político. Richard Seymour, en una incisiva crítica a Guy Standing, declara: «El precariado no es peligroso, exótico, extraño, ni una clase incipiente para ser patrocinada en la existencia. Es todos nosotros (...) somos todos precariado. Y si somos peligrosos, es porque estamos a punto de romper la ilusoria seguridad de nuestros gobernantes» (2012). Decir «todos somos el precariado» tenía un cierto tono populista en Occidente, cuando el neoliberalismo entraba en la crisis global de 2008-2009 y los *indignados* y demás movilizaciones de jóvenes protestaban por las fallas del orden económico y la traición de las promesas sociales. En las calles de las capitales europeas, la consigna «El precariado rebelde» capturó la imaginación y luego se extendió al movimiento Occupy y a otras revueltas.

Desde 2002, con las movilizaciones anticapitalistas de Génova y con la priorización al interior de los movimientos antiglobalización de los problemas sociales, el término «precariado social» pasó al primer plano (Sianos y Papadopoulos, 2006; Waite, 2009) y se convirtió en el descriptor común de un conjunto multifacético de actores sociales que consideraban esos temas emergentes desde la perspectiva del movimiento social y no como víctimas. La precarización fue reconocida como un problema transnacional, y «Stop précarité» —incluso «Stop al precariato»— se convirtió en consigna popular y común en varios países occidentales. Ello reunió a los recién graduados desempleados, migrantes sin papeles, activistas de extrema izquierda y autonomistas, además de algunas facciones de izquierda del movimiento sindical. Estos últimos, desde su propia óptica, reconocían el creciente peligro para las normas laborales que suponían la presencia de trabajadores contratados por agencias y la creciente precarización de la fuerza de trabajo en cuanto a su capacidad para organizar las clases trabajadoras.

En conclusión, como Neilson y Rossite advierten, «el discurso de la precariedad no se traduce a escala global como una descripción del trabajo contemporáneo» (2008:54) porque es un concepto analítico y político ligado esencialmente a la declinación del fordismo y del estado de bienestar en el Norte. Se adaptó en la Europa de los 2000 durante un tiempo porque indicó el fin de la seguridad y la estabilidad para quienes ingresaron a la fuerza de trabajo en esos países. También movilizó y potenció a una cierta capa de graduados universitarios que no encontraban trabajo en la nueva era posfordista. Sin embargo, aún demandaban que el Estado asumiera sus responsabilidades, como lo hiciera alguna vez el estado de bienestar europeo. Antes de continuar es preciso advertir que si el precariado es un concepto agotado y la precariedad una condición más específica de lo que usualmente implica, ello no significa que los procesos a los que se refiere sean irrelevantes, como se argumentará en la próxima sección.

Reconstrucción

Si se considera el actual interés en el precariado y la precariedad como un síntoma de insatisfacción conceptual con el pensamiento ortodoxo y un deseo de pensamiento original, entonces podríamos intentar reconstruir su objeto de análisis. Debemos situar cuidadosamente a la precariedad, más allá de un eslogan del Euro Mayday. Una perspectiva transformadora del trabajo necesita reconocer la dialéctica del proletariado y la desposesión que enmarca los cambios de la clase trabajadora global. Si sólo se enfoca la precariedad en el Norte, se pierde de vista la expansión masiva de la clase obrera global según la forma marxista clásica. Podría plantearse la actual

dinámica de transformación social en los términos marxistas del proceso de proletarización combinado con la acumulación por desposesión al estilo polanyiano. Es importante recordar que cada momento de «desmantelamiento de la clase trabajadora» (por ejemplo a través de la precarización) conduce siempre a su transformación. Este tipo de pensamiento dialéctico casi está ausente en el razonamiento teleológico del discurso de la precariedad, que sólo visualiza una vía unidireccional hacia la desintegración y el auge del autoritarismo.

La acumulación de capital a escala global engendra una clase trabajadora global en el sentido de un acelerado proceso de proletarización. En los últimos 35 años la globalización ha profundizado el pasaje de la subsunción «formal» a la «real» del trabajo en el sentido de que la subsunción formal permite la continuación del proceso de trabajo precapitalista, mientras que la subsunción real del trabajo implica que las relaciones sociales y los modos de uso del trabajo están realmente sometidos al capital. En pocas palabras, sólo el capital puede crear las condiciones para la producción capitalista. Si se entiende el capital como una relación social, su dramática expansión global expandirá las clases trabajadoras. El hecho básico es que el número de trabajadores en el nivel mundial se duplicó entre 1975 y 1995 como parte de lo que se denomina la globalización, pero lo que en realidad fue una reproducción ampliada del capital a escala global y un incremento espectacular de la subsunción de formas no capitalistas de producción. Esta expansión continua de la clase global estuvo acompañada por la incorporación plena de los Estados socialistas del Este y el desarrollo nacional del Sur en el circuito expandido de acumulación de capital. Contra los teóricos del nuevo, en red y virtual capitalismo, David Coates aclara: «La globalización en la forma moderna es un proceso

basado menos en la proliferación de computadoras que en la proliferación de proletarios» (2000:511).

Desde una perspectiva capitalista «la globalización del trabajo es inevitable» (Johnston, 1991:115) y los gerentes globales dan prioridad a la gestión de los recursos humanos. Quizá, la característica más sobresaliente en la composición cuantitativa del gran salto cuantitativo hacia adelante de la fuerza de trabajo global es su concentración en el Sur, o lo que los economistas denominan regiones en desarrollo. Mientras que el número de trabajadores en los países de la OCDE sólo se incrementó de 372 millones en 1985 a 400 millones en 2000 (0.5 por ciento), el número de trabajadores en el Sur aumentó de mil 595 millones a 2 mil 137 millones, lo que representó un crecimiento anual de 20 por ciento. También cambió dramáticamente en el mismo periodo la composición de género de la fuerza de trabajo global, cuando la participación de la fuerza de trabajo femenina sobrepasó 50 por ciento a mediados de los 1980. Expansión, feminización y lo que podríamos llamar «surización» de la clase trabajadora iban de la mano (Munck, 2002).

La masiva extensión de la proletarización no significa que la clase trabajadora permanezca igual, con los mismos sectores principales como en 1950 y 1960. Ha estado siempre en cambio la clase obrera, siendo continuamente hecha, deshecha y rehecha. Por ejemplo, se advierte que el papel de vanguardia de los trabajadores manufactureros y los mineros en una fase capitalista de expansión puede haber llegado a su fin. Se percibe cómo los sindicatos en el Norte se basan en el sector servicios más que en la manufactura. En el Sur, los mineros (es el caso de Bolivia) y otros sectores trabajadores tradicionales han dejado de desempeñar un papel de liderazgo en la medida en que la clase trabajadora se hace más compleja en su composición. Las

relaciones tradicionales de representación y construcción de hegemonía se han desorganizado y los sindicatos ya no son los articuladores indiscutidos del descontento masivo. Como Hardt y Negri exponen: «Este cambio, sin embargo, no significa el adiós a la clase trabajadora o incluso la declinación de las luchas de los trabajadores, sino más bien un incremento de la multiplicidad del proletariado y una nueva fisonomía de las luchas» (Hardt y Negri, 2011:110).

Cabe aclarar que la proletarización no es incompatible con la informalización. Como Mike Davis ha demostrado, «la clase trabajadora informal global (superpuesta pero no idéntica a la población de los barrios marginales) cuenta con cerca de mil millones de personas, lo que la convierte en la clase social que crece más rápido en la Tierra» (2006:178). Desde la crisis del ajuste estructural de los 1980, el sector informal ha crecido de tres a cuatro veces más que el sector formal. Las corporaciones multinacionales se han aprovechado del fenómeno a través de sus redes de subcontratación, que ahora son centrales para el cambio en la producción de mercancías. También es un elemento integral de la floreciente industria de China, que está apuntalada por un sector informal tradicional que no tiene nada que ver con un papel tradicional. Seguramente no hay una dicotomía entre las economías formales e informales; más bien un *continuum* basado en considerables sinergias y áreas grises superpuestas.

La economía informal podría estar creciendo, pero aún se basa en la carencia de contratos formales de empleo y de respeto por los derechos laborales. Además, no existe un salario indirecto de bienestar social en ese sector, algo que todavía está en la memoria de los precarios del Norte. Los trabajadores informales de América Latina ya no se consideran «marginales», sino una fracción del semiproletariado urbano y rural, completamente

integrado en el sistema económico moderno e internacionalizado. Curiosamente, son las continuas distinciones entre el Norte y el Sur, en términos del proletariado informal, lo que emerge como un diferenciador clave. Si bien las proporciones totales de trabajadores informales en América Latina en 1950 y en Estados Unidos en 1900 eran casi comparables (40-50 por ciento), la proporción del autoempleo en el sector manufacturero de Estados Unidos cayó a 3 por ciento en 1930, mientras que América Latina aún en 1990 conservaba 20 por ciento (Portes y Hoffman, 2003).

Adoptar hoy una perspectiva global sobre el trabajo significa rechazar una visión eurocéntrica (o del Atlántico Norte) que se centra en la historia de los antiguos territorios metropolitanos. La informalidad y la precariedad no surgieron con la crisis de 2008-2009. Sin embargo, no sería fructífero trazar una división entre el Norte y el Sur con respecto a las características de las relaciones capital-trabajo. Debería abordarse en términos de una radical heterogeneidad global como la característica dominante de las relaciones laborales. Un enfoque poscolonial no enfatizaría ni la singularidad del Sur ni el excepcionalismo del Norte. Sandro Mezzadra argumenta que el capitalismo global está cada vez más infundido por la heterogeneidad: «Por la existencia contemporánea y estructural de una «nueva economía» y explotaciones, corporatización del capital y acumulación de formas «primitivas», procesos de financiarización y trabajo forzado» (2012:166). Como siempre, el desarrollo global es desigual pero combinado.

Con mayor frecuencia, los estudios concernientes al trabajo están adquiriendo una visión global, primero en sociología y economía política internacional, pero ahora en términos de una historia global del trabajo. Existe un creciente reconocimiento de que Karl Marx y Friedrich Engels sólo pudieron tener una comprensión parcial y limitada en el tiempo de lo que significaba el

trabajo asalariado. Si bien el trabajo asalariado «libre» es el eje de la teoría de clases y del proyecto político marxista, el no asalariado de subsistencia fue, y sigue siendo, la forma dominante desde una visión global. El trabajo doméstico, crucial para la reproducción de la clase trabajadora, ha sido siempre trabajo no asalariado. Van der Linden (2008) propone enfocarse más en el modo en que la fuerza de trabajo es mercantilizada por el capitalismo de maneras diferentes y sugiere que el concepto de «trabajo subalterno» debería extenderse para abarcar el autoempleo, la aparcería, el trabajo contratado y la esclavitud de los trabajadores (Katznelson y Zolberg, 1986).

Por último, se puede proponer una dinámica general de deconstrucción y reconstrucción del concepto de clase trabajadora a escala global, basada en una dialéctica Marx-Polanyi. Para ello, la perspectiva de Marx sobre la proletarización basada en la separación de los trabajadores de sus medios de producción se complementa con el hincapié de Karl Polanyi en la mercantilización del trabajo, la tierra y el dinero. Esto permite una comprensión más matizada de cómo la globalización neoliberal ha sometido a los trabajadores del mundo a través de los mecanismos clásicos de acumulación de capital y también mediante la «acumulación por desposesión», que equivale a una moderna y permanente versión de la extensión que hace Rosa Luxemburgo de la teoría de Marx respecto a la acumulación originaria (Harvey, 2010). Existen límites claros para la acumulación por desposesión y la «competencia hasta el final» o la Sudáfrica del *apartheid* a escala global no sería sustentable (Arrighi, Aschoff y Scully, 2010).

Beverly Silver refiere un punto de vista útil para examinar la dinámica global de la competencia de trabajo. Si el énfasis en el «descontento laboral de tipo marxista» conlleva a enfocarnos en «las luchas de las clases trabajadoras» —como la de China—, un énfasis complementario «en el malestar

laboral de tipo polanyiano» conduciría la atención a las «resistencias a la expansión del mercado global autorregulado» (Silver, 2003). Mientras la óptica de Marx nos dirige hacia las nuevas clases trabajadoras del Sur, la de Polanyi nos muestra cómo otras clases trabajadoras se están «deshaciendo» y precarizando en el Norte y separando de los medios de subsistencia en el Sur, por ejemplo con la privatización del agua. Ninguna de las dos perspectivas es suficiente por sí misma, pero su interrelación y entretrejo permiten desentrañar algunos de los procesos contemporáneos que afectan al trabajo.

Una perspectiva desde el Sur global comprendería la precariedad como parte de un amplio proceso de desposesión y generación de «nuevas poblaciones excedentes». El paradigma de desarrollo dominante parece olvidar tal dimensión, ya que el Banco Mundial analiza a los «países en transformación» y sus transiciones más allá de la agricultura sin visualizar el masivo impacto en Asia en términos de desposesión, inseguridad alimentaria y desempleo (World Bank, 2008). Tania Murray Li escribe: «Las previsiones de bienestar para mantener vivos a los desposeídos» no figuran en los balances del Banco Mundial, el cual «asume que cientos de millones de pobres de las zonas rurales encontrarán su camino hacia la transición» (2010:69). Frente al desconcierto global y el masivo quiebre de las relaciones de trabajo tradicionales y las prácticas laborales, algunas «redes de seguridad simbólicas» no evitarán una inmensa catástrofe humana. Como en anteriores debates acerca de la marginalidad, el ejército industrial de reserva y varias categorías de población excedente, sería iluso creer que las pérdidas en un sector de la fuerza de trabajo global se compensarán automáticamente en otras regiones. Determinadas formas de desposesión, como la de los bantustanes sudafricanos bajo el *apartheid*,

podieron diseñarse para provocar una «reserva» de fuerza de trabajo, pero en ese momento la agitación del trabajo en el desarrollo capitalista global simplemente produce daños colaterales en la sociedad. Murray Li agrega: «Los desposeídos no se quedan callados» (2010:72), como lo testimonian las poco difundidas protestas masivas en China, por ejemplo.

Política

Kate Manzo sostiene, referente a las teorías del desarrollo, que «incluso el discurso crítico más radical suele deslizarse en la forma, la lógica y las postulaciones implícitas de lo que busca confrontar, ya que no puede salirse completamente de la herencia de la cual se toman las herramientas —la historia, el lenguaje— en el intento de destruir la misma herencia» (1991:8). En el caso de Guy Standing, su concepto de «precariado» es una continuación de su largo y valioso trabajo como jefe del Programa de Seguridad Económica en la OIT. Aunque sea crítico de la OIT, Standing aportó una contraparte y legitimización de la campaña por el «trabajo decente». La OIT ha asumido con entusiasmo la noción del precariado y el problema del trabajo inseguro como si ya tuviera la respuesta: la campaña por el trabajo decente es una percepción algo utópica, atrasada e imposible de implementar.

La Agenda por el Trabajo Decente de la OIT retoma su enfoque de «inclusión social» en 1990, aunque con una dinámica política similar. ¿Cómo dar a la globalización un «rostro humano»? ¿Cómo persuadir al capital de que los trabajadores son vitales para su reproducción? El trabajo decente es definido por la OIT como empleo en condiciones de libertad, equidad, seguridad humana y dignidad. Para la OIT, la Agenda «en un periodo

relativamente breve forjó un consenso internacional entre los gobiernos, los empleadores, los trabajadores y la sociedad civil». Su ambición es proporcionar un elemento clave «para alcanzar una globalización justa, reducir la pobreza y lograr un desarrollo equitativo, inclusivo y sostenible» (OIT, 1972). Cualquiera que sea su aportación, esta Agenda nunca se tradujo en medidas efectivas y su credibilidad finalmente se perdió con la gran recesión de 2008-2009.

De manera similar, la OIT ha adoptado el término «trabajo precario» en una repetición del dualismo implícito en las categorías formal/informal y exclusión/inclusión que había difundido respecto al mundo del trabajo. Pese a que acepta que la definición de trabajo precario «sigue siendo vaga y multifacética», argumenta que es un término útil para «describir el empleo no estándar, que está mal pagado, es inseguro, no está protegido y no puede mantener un hogar». El trabajo precario se caracteriza por la inseguridad y la incertidumbre. Según las federaciones internacionales del trabajo y la OIT, «en África el trabajo precario es la norma», aunque «el fenómeno ha llegado ahora a los países industriales con la difusión de formas temporales de empleo» (ACTRAV, 2011:30). Es un análisis similar a la «brasileización» mencionada con anterioridad.

Desde una perspectiva del Sur o poscolonial, el «trabajo decente» no es un término inocente. En todo el mundo colonial, las clases subalternas lucharon contra la imposición del trabajo asalariado por los colonialistas. No había nada liberador al ser separados de los modos de producción tradicionales comunales para convertirse en «esclavos asalariados». Incluso el movimiento obrero occidental en sus albores arremetió contra la esclavitud asalariada en su campaña por la jornada de ocho horas, por ejemplo. El proceso fue particularmente dramático en Sudáfrica, donde

no fue necesario esperar la reciente crisis financiera para «ver emerger la precarización como modo de apropiación por el capital de la cooperación social del trabajo vivo» (Barchiese, 2012:243). Toda la narrativa de la modernización giraba en torno de la influencia civilizadora del capitalismo y la manera en que el trabajo asalariado podría disciplinar a las multitudes recalcitrantes. El trabajo y la decencia se ensamblaron en el imaginario colonial, por ello la Agenda por el Trabajo Decente puede verse como poco liberadora desde una perspectiva del Sur.

El «preariado» cumple un papel discursivo similar al de «subclase» y «marginal» en debates previos. Para Guy Standing, simboliza «la nueva clase peligrosa». Esto se presenta como una escalada retórica de la noción de trabajo precario como «no estándar», lo que implica una norma a la cual se debe aspirar. El término *les classes dangereuses* fue utilizado por los ideólogos burgueses del París de mediados del siglo XIX con el propósito de describir la asociación entre clase trabajadora pobre y la criminalidad. Honoré-Antoine Fregier proclamó en 1840 que «las clases pobres y viciosas han sido y serán siempre el caldo de cultivo más productivo de los malhechores de todo tipo; son ellas a las que designaremos las clases peligrosas». Esta es la genealogía dentro de la cual Standing desea defender el preariado como la «nueva clase peligrosa». Es evidente, no hay nada remotamente progresista en esa operación política.

Marx empleaba un término similar, el «lumpenproletariado». Se trataba de una «fracción de clase» que no era parte integral de la estructura de clases ni definida por las relaciones de producción; estaba compuesta, entre otros, de «*roués* arruinados con dudosos medios de subsistencia (...), vagabundos (...) timadores, embaucadores, *lazzaroni*, carteristas, proxenetas, dueños de burdeles (...) organilleros, afiladores, mendigos —en una

palabra, la masa infinita y desintegrada, esparcida por aquí y por allá» (Marx, 1970). Mientras que Standing se esfuerza por distanciar su precariado del lumpenproletariado, la semejanza familiar es demasiado fuerte para ignorarla. Es importante notar lo problemático del lumpenproletariado en el sistema teórico marxista, algo similar a los «pueblos sin historia» de Rosdolsky (1986), quien toma acriticamente el término de Engels. En la teoría marxista de la historia, las clases sociales se desarrollan mediante su papel en las relaciones de producción; por consiguiente, el lumpenproletariado, definido fuera de éstas —como la nación «sin historia»—, no puede devenir en un actor histórico. Si la historia es la historia de la producción, y la sociedad está estructurada por relaciones de producción, entonces el lumpenproletariado socava todo el edificio. Problemas similares emergen con el precariado, como se indicó antes, si es situado en un marco marxista o sociológico.

Es incompatible la política del discurso de una «clase peligrosa» con una política progresista de transformación social. Representa una patología social que no tiene espacio en una visión progresista de la historia y del potencial humano. Víctor Hugo, en *Los miserables*, ya había respondido a los profetas de las *clases dangereuses* de su tiempo, al demostrar que los trabajadores pobres eran víctimas de un sistema de explotación y no todos eran criminales y extorsionadores potenciales. Entonces, en una estrategia política del siglo XXI considerar al precariado emergente como una nueva clase peligrosa es políticamente irresponsable. Ni siquiera es apropiado presentar el reclutamiento del «precariado» por la nueva derecha racista como un peligro inminente. En efecto, las formaciones fascistas y racistas emergentes en Europa y otras regiones apelan más a la «vieja» clase trabajadora desplazada por la crisis en curso.

La noción de «clase peligrosa» posee una larga historia en la construcción racista del «otro» originario del Sur. El desmantelamiento de los modos de producción comunal y la generación de una subclase urbana marginada fueron un elemento integral de la «modernización». La degradación de las condiciones de vida de quienes ya no eran campesinos y que todavía no eran trabajadores urbanos inspiró temor y repulsión entre las clases que se beneficiaron de su explotación. James Ferguson afirma: «Los sudafricanos negros urbanos han sido considerados como peligrosos en el sentido de Mary Douglas —materia fuera de lugar— ni una cosa ni la otra frente a las categorías sociales «apropiadas» cuya sola existencia parece amenazar» (2007:71-86). Ese discurso racializado de exclusión y construcción del otro como peligroso fue replicado en América Latina, donde los habitantes de las villas pobres alguna vez fueron llamados «cabecitas negras» por los pobladores «decentes» de los centros urbanos.

En la actualidad, el discurso del precariado opera en última instancia dentro del marco «laborista» que critica retóricamente. Laborismo, según Standing, en algunas ocasiones significa sindicatos, pero más a menudo es una forma abreviada del Estado socialdemócrata, el pleno empleo y el aparato corporativo de negociación. Se configura como un laborismo tradicional que contrasta con el precariado y sus organizaciones o por su falta. Sin embargo, esa mala definición de «laborismo» no prevaleció ni siquiera en la Gran Bretaña de la década de 1950, que en el subconsciente de Standing opera como la «era dorada». Ciertamente, no ha tenido relación alguna en Asia, África y América. Un modelo nostálgico de laborismo eurocéntrico impregna el modelo del precariado de Standing y, por lo tanto, no es útil para la mayoría del mundo.

La principal debilidad política del concepto de precariado —como es presentado por Standing— es la falta de comprensión del trabajo contemporáneo o de las organizaciones y estrategias del movimiento obrero. Este teórico acepta el prematuro *Adiós al proletariado* de André Gorz sin aportar evidencias ni argumentos. La composición de las clases trabajadoras en el nivel global ha cambiado considerablemente (Gorz, 1982). En todo caso, el proletariado, en el sentido clásico marxista, se ha vuelto más importante tanto desde el punto de vista numérico como político a escala global. Las organizaciones de la clase obrera ampliada —sindicatos nacionales y transnacionales, movimientos sociales y organizaciones de base, etcétera— han comenzado a revivir después de la larga noche neoliberal y no pueden ser descartadas tan fácilmente como reliquias de la «vieja clase obrera», a la manera en que Standing tiende a hacerlo.

El movimiento obrero organizado no puede ser reducido a unas cuantas líneas, su complejidad se expone en los siguientes ejemplos. A mediados de 2012 la nueva IndustriALL Global Union reunió a los afiliados de tres antiguas federaciones sindicales mundiales: la Federación Internacional de Trabajadores de las Industrias Metalúrgicas (IMF), la Federación Internacional de Sindicatos de Trabajadores de la Industria Química, Energía y Minas (ICEM) y la Federación Internacional de Trabajadores de la Confección Textil y el Cuero (ITGLWF) que abarcan 140 países y tienen 50 millones de afiliados en un amplio rango de sectores donde se incluyen la extracción de petróleo y gas, la minería, la generación y distribución de energía eléctrica, la fabricación de metales y productos metálicos, la construcción naval, la industria automotriz, la industria aéreo espacial, la ingeniería mecánica, la electrónica, la química, el caucho, las papeleras, los

materiales de construcción, los textiles, la vestimenta, el cuero, las ropas deportivas y los servicios ambientales. Podría considerarse que esto es una fusión corporativa, pero entre sus propios principios fundadores existe un compromiso por «luchar contra el trabajo precario». No se trata sólo de un conjuro ritual. Poco después de su constitución, IndustriALL Global Union firmó una «Carta del trabajo temporal en el grupo Volkswagen», una poderosa corporación nacional que opera en el Norte y en el Sur. En ella limitó el trabajo temporal a un máximo de 5 por ciento de la fuerza laboral, junto con el principio de igualdad de remuneración y acceso a la capacitación de trabajadores contratados y de agencias, lo que significó un golpe importante contra la precariedad. Elizabeth Cotton advierte: «No es la revolución, pero compromete a una de las más poderosas multinacionales del mundo a poner un límite al trabajo inseguro» (2013).

El trabajo organizado es una parte de la solución y también a veces es parte del problema. Incluso si se es pesimista acerca de las perspectivas de que los sindicatos puedan reestructurarse y reactivarse con la intención de encarar los nuevos desafíos laborales, debe reconocerse que marcan una diferencia para aquellos con una posición precaria en el mercado de trabajo y que esa agencia realmente contribuye a esculpir un futuro (Munck, 2010). En efecto, las intervenciones en el amplio movimiento obrero, que buscan reactivar el sindicalismo social, por ejemplo, parecen ser más propensas a tener resultados positivos que intentan aterrorizar al orden dominante y a los profesionales liberales con el espectro del monstruo del precariado.

Referencias

- Arrighi, Giovanni, Nicole Aschoff y Ben Scully (2010), «Accumulation by dispossession and its limits: the Southern African paradigm revisited», *Studies in Comparative International Development* (45), pp. 410-438.
- Barbier, Jean-Claude (noviembre de 2002), «A survey of the use of the term précarité in French economics and sociology», Document de travail (19), *Centre d'études de l'emploi et du travail* (CEET), en <http://ceet.cnam.fr/publications/documents-de-travail/documents-de-travail-2002-950562.kjsp?RH=1507126380703>
- Barchiesi, Franco (2012), «Precarity as capture. An exercise in conceptual genealogy», *Uninomade*, en <http://www.uninomade.org/precarity-as-capture/>
- Bureau for Workers' Activities (ACTRAV) (octubre de 2011), «Symposium on Precarious Work», en http://www.ilo.org/actrav/what/events/WCMS_153972/lang-en/index.htm
- Cardoso, Fernando Henrique (1971), «Comentarios sobre os conceitos de superpopulação relativa e marginalidade», *Novos Estudos CEBRAP* (1), pp. 99-130.
- Castel, Robert (1995), *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*, París, Fayard.
- Coates, David (2000), *Models of capitalism: growth and stagnation in the modern era*, Cambridge, Polity Press.
- Cotton, Elizabeth (2013), «The catastrophe of precarious work: Elizabeth Cotton challenges Guy Standing», *Public World: democracy of work*, en www.publicworld.org/blog/the_catastrophe_of_precarious_work_elizabeth_cotton_challenges_guy_standing
- Davis, Mike (2006), *Planet of slums*, London, Verso.
- De Soto, Hernando (1989), *The other path*, New York, Harper and Row.

- Doogan, Kevin (2008), *New capitalism. The transformation of work*, Cambridge, Polity Press.
- Ferguson, James (2007), «Formalities of poverty: thinking about social assistance in South Africa», *African Studies Review*, 50(1), pp. 71-86.
- Gerassi, John (1963), *The great fear*, London, Macmillan.
- González de la Rocha, Mercedes (2004), «From the marginality of the 1960s to the «new poverty» of today», *Latin American Research Review*, 39(1), pp. 183-203.
- Gorz, André (1982), *Farewell to the working class*, London, Pluto Press.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2011), *Commonwealth*, Cambridge, Harvard University Press.
- Hart, Keith (1973), «Informal income opportunities and urban employment in Ghana», *Journal of Modern African Studies*, 11 (1), pp. 6-84.
- Harvey, David (2010), «Spaces of global capitalism: towards a theory of uneven», *Geographical Development* (34), pp. 410-438.
- Johnston, William B. (marzo-abril de 1991), «Global work force 2000: the new world labour market», *Harvard Business Review*.
- Katznelson, Ira y Aristide R. Zolberg (eds.) (1986), *Working class formation: nineteenth century patterns in Western Europe and the US*, Princeton, Princeton University Press.
- Kovarick, Lúcio (2002), «Viver em risco: sobre la vulnerabilidade no Brasil urbano», *Novos Estudos CEBRAP* (63), pp. 9-30.
- Manzo, Kate (1991), «Modernist discourse and the crisis of development theory», *Studies on Comparative International Development*, 26(2), pp. 3-36.
- Marx, Karl (1970), *El capital*, volumen I, London, Penguin.
- Mezzadra, Sandro (2011), «How many histories of labor? Towards a theory of postcolonial capitalism», *Postcolonial Studies*, 14(2), pp. 151-170, en <http://eipcp.net/transversal/0112/mezzadra/en>

- Munck, Ronaldo (2002), *Globalization and labour: the new «great transformation»*, London, Zed Books.
- (2005), *Globalization and social exclusion: a transformationalist perspective*, Bloomfield, Kumarian Press.
- (2010), «Globalization and the labour movement: challenges and responses», *Global Labour Journal*, 1(2), pp. 218-232.
- Murray Li, Tania (2010), «To make live or let die? Rural dispossession and the production of surplus populations», en Noel Castree, Paul Chatterto, Nick Heyned, Wendy Lamer y Melissa Wright (eds.), *The point is to change it: geographies of hope and survival in an age of crisis*, Oxford, Wiley-Blackwell, pp. 66-93.
- Neffa, Julio César (2010), *Empleo, desempleo y políticas de empleo. La crisis de la relación salarial-naturaleza y significado de la informalidad, los trabajos/empleos precarios y los no registrados*, Buenos Aires, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- Neilson, Brett y Ned Rossiter (2008), «Precarity as a political concept, or, fordism as exception», *Theory, Culture and Society*, 25(7-8), pp. 51-72.
- Nun, José (1969), «Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal», *Revista Latinoamericana de Sociología* (2), pp. 180-225.
- Oliveira, Francisco (1972), «Á economia Brasileira: crítica a razão dualista», *Novos Estudos CEBRAP* (2), pp. 4-70.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1972), *Employment, incomes and inequality: a strategy for increasing productive employment in Kenya*, Geneva, OIT.
- (2004), *The World Commission on the social dimension of globalisation*, Geneva, OIT.
- (2012), «Decent work agenda», *ILO*, en <http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/decent-work-agenda/lang-en/index.htm>

- Perlman, Janice E. (1976), *The myth of marginality: urban poverty and politics in Rio de Janeiro*, Berkeley, University of California Press.
- Polanyi, Karl (2001), *The great transformation*, Boston, Beacon Books.
- Portes, Alejandro y Kelly Hoffman (2003), «Latin American class structures», *Latin American Research Review*, 38(1), pp. 41-82.
- Portes, Alejandro, Manuel Castells y Lauren A. Benton (eds.) (1989), *The informal economy: studies in advanced and less developed countries*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Rosdolsky, Roman (1986), *Engels and the «nonhistoric» peoples: the national question in the revolution of 1848*, Glasgow, Critique Books.
- Sassen, Saskia (verano de 1994), «The informal economy; between new developments and old regulations», *Yale Law Journal*, pp. 2289-2304.
- Seymour, Richard (2012), «We are all precarious on the concept of the precariat and its misuses», *New Left Project*, en http://www.newleftproject.org/index.php/site/article_comments/we_are_all_precarious_on_the_concept_of_the_precariat_and_its_misuses
- Silver, Beverly (2003), *Forces of labour: workers' movements and globalization since 1870*, Cambridge, University Press.
- Standing, Guy (2011), *The precariat: the new dangerous class*, London, Bloomsbury Academic.
- Tsianos, Vassilis y Dimitris Papadopoulos (2006), *A savage journey to the earth of embodied capitalism*, Austria, European Institute for Progressive Cultural Policies.
- Van der Linden, Marcel (2008), *Workers of the world: essays toward a global labour history*, Amsterdam, Brill.
- Waite, Louise (2009), «A place and space for a critical geography of precarity», *Geograph Compass* (31), pp. 412-433.

World Bank (2008), *World development report: agriculture and development*, Washington DC, World Bank.